

La isla que no está en los mapas

Aicha Saïd Larabi
Argelia / España

Nadie supo decirme dónde estaba. Ni el piloto del ferry, ni la mujer del mostrador de la estación marítima en Marsella. “Es una isla... ¿cómo decirlo?”, me dijo un joven tunecino en el puerto, mientras se encendía un cigarro con las manos temblorosas. “Una isla que a veces se encuentra solo si la necesitas.”

Y yo la necesitaba.

Me llamo Noura. Nací en Argel, pero he vivido casi toda mi vida en Madrid. Llevo más tiempo hablando español que árabe, pero cuando sueño, todavía lo hago en la voz de mi abuela. La escucho entre susurros, como cuando me recitaba refranes a la hora de la siesta:

“Li ma ‘andūsh el-kbār, ychrihū.”

(Quien no tiene mayores, que los compre)

Nunca entendí del todo su significado hasta que me faltó.

Estudio Traducción e Interpretación. Siempre supe que quería estar entre lenguas, entre mundos. De pequeña, me llamaban “la puente” en casa. Cuando discutían mis padres, yo traducía emociones, no palabras. A veces bastaba con una mirada, una mano en el hombro, una frase dicha en el tono exacto. Más adelante supe que eso tenía un nombre: mediación cultural. Y me prometí que haría de esa habilidad una vocación.

Ese verano, antes de comenzar unas prácticas en un hospital de la costa —donde trabajaría como intérprete para pacientes migrantes—, decidí aceptar una invitación que no aparecía en ningún correo oficial, ni en las redes sociales, ni en las convocatorias académicas. Llegó como un susurro digital, en un foro de jóvenes mediterráneos, entre hilos de poesía, activismo y fragmentos de canciones en varias lenguas.

El mensaje era breve, casi críptico:

“Queremos construir algo nuevo.
Si sabes traducir, si sabes escuchar, te necesitamos.
29 de junio. Marsella. Dársena C.
Lleva solo lo esencial. Lo demás lo pondremos entre todos.”

Pensé que era un experimento. Una especie de performance colectiva, tal vez. Pero había algo en esas palabras que me tocaba una fibra profunda. Traducir. Escuchar. Construir. Parecían verbos escritos para mí. Así que fui.

La víspera del viaje, preparé una mochila con lo mínimo: ropa ligera, una libreta, mi viejo diccionario de árabe dialectal, una grabadora de voz y un paquete de dátiles que mi madre me

había mandado por si “en algún sitio te falta azúcar, hija”. No le conté a nadie el destino exacto. A veces, lo más importante es lo que no se puede explicar sin que parezca locura.

Marsella olía a sal, alquitrán y orégano. En la dársena C había más personas como yo: jóvenes con mochilas y rostros atentos. Nadie hablaba en voz alta. Algunos compartían fruta, otros escribían en sus móviles. Había una tensión extraña en el aire: no era miedo, era expectativa. Como si supiéramos, sin saberlo del todo, que estábamos a punto de entrar en otro mundo.

El barco llegó sin bandera. Un velero de madera clara, con el casco pintado de azul y el nombre borrado. Nadie pidió billetes. Solo un saludo sencillo, un gesto con la mano: “*‘Ala r-rahba w s-sa ‘a.*”

Fueron las primeras palabras en árabe que oí en días. Me atraparon al instante.

Subimos en silencio. Las velas se desplegaron con un crujido suave, y pronto la costa quedó atrás, tragada por una bruma espesa como la harina. Durante horas, no hablamos. Me senté junto a una chica que leía algo en francés. Tenía los ojos delineados con kohl y los labios partidos. Me ofreció una mandarina y, sin decir palabra, compartimos los gajos como si nos conociéramos de antes.

No sé cuánto tiempo pasó. Perdí la noción del tiempo. En el mar, el tiempo es otra cosa: no hay minutos, solo luz, sombra, silencio y oleaje.

Entonces la vi.

La isla apareció como surgen los recuerdos en mitad de la noche: sin avisar. Una curva de tierra cubierta de verde, con casas de piedra y caminos estrechos. No había muelles ni grúas, ni rastro de construcciones modernas. Solo una playa de arena gruesa y barcas varadas. En la colina más alta, ondeaba una tela cosida con retazos de distintas banderas. Una forma de decir: todos y ninguno.

Desembarcamos entre risas y abrazos. Nadie preguntó nombres ni nacionalidades. Nos dieron fruta, agua de azahar, y nos invitaron a sentarnos en círculo. Una mujer joven, con el pelo cubierto por un pañuelo azul celeste, nos habló en varias lenguas: árabe, francés, español, luego italiano, y algo que sonaba a albanés.

—Aquí no traducimos todo. Aquí escuchamos lo que podemos, y lo que no, lo sentimos. Esta isla no está en los mapas. No por error, sino por decisión. Aquí venimos a imaginar lo que no se nos permite imaginar en nuestras orillas. Aquí venimos a construir lo que no cabe en los discursos oficiales.

Yo no entendía del todo qué era ese lugar. Pero sí sabía una cosa: había encontrado algo más que un destino. Había llegado a un espacio donde mi identidad dejaba de ser problema para convertirse en puente. Donde mi forma de hablar, de escuchar, de moverme entre culturas, no era una rareza ni una carga, sino una clave.

Me sentí en casa. Por primera vez en mucho tiempo.

2. La isla

La llaman *Al-Mutawassīta*. “La del medio”.

Pero otros la llaman *Isla Mar, Isoletta, l’Île du Possible*.

Nadie logró ponerse de acuerdo, y al final eso fue lo más bonito. En cada lengua suena diferente, pero todas significan lo mismo: un intento de futuro.

El acuerdo fue este: aquí cada quien puede llamar a la isla como quiera, siempre que al hacerlo no cierre una puerta, sino que abra una. Ese fue uno de los primeros aprendizajes: que el lenguaje no es solo traducción, sino posibilidad.

Llegué al amanecer. El cielo estaba teñido de rosa, y el aire olía a pan recién hecho y sal. Las casas eran construcciones ligeras, hechas con madera reciclada, velas de barcos antiguos, lonas pintadas con versos en múltiples idiomas: poesía amazigh junto a grafitis griegos, proverbios tunecinos sobre lienzos que antes fueron tiendas de campaña. No había banderas, ni fronteras. Nadie pedía documentos. El primer cartel que vi decía:

“Aquí solo hay primeras oportunidades”

Había algo radical en esa frase. Algo que desafiaba todo lo que conocía del mundo más allá de la costa. Aquí no se preguntaba de dónde venías, sino qué querías construir. Aquí nadie te reducía a tu país, tu pasaporte o tu idioma. La isla no era un refugio. Era una semilla.

En la isla vivíamos unos cuarenta. La mayoría teníamos entre veinte y treinta años. Veníamos de todas partes: Siria, Grecia, Egipto, Marruecos, España, Palestina, Líbano, Túnez. Había quien había cruzado el mar a nado, quien había sobrevivido a campos de detención, quien venía de barrios periféricos donde nunca llega el noticiero, ni la promesa de un futuro. Yo venía de una sala de traducción universitaria, con mis auriculares, mis diccionarios y mis dudas. ¿Qué podía aportar yo, con mis textos subrayados y mi acento mestizo?

Al principio, no sabía dónde colocarme. Mientras unos arreglaban redes de pesca o cocinaban para todos, otros construían espacios comunes para talleres, debates, momentos de silencio. Cada quien ofrecía lo que sabía hacer, y lo hacía desde un lugar de entrega, no de obligación.

Mi trabajo era simple y complejo a la vez: mediar. Traducir cuando no bastaban las palabras. Escuchar cuando la historia era demasiado pesada para contarla sola. A veces, ser puente. A veces, ser silencio.

Un día, Hiba —una joven siria que hablaba un árabe que yo apenas entendía por mi falta de práctica— se acercó a mí llorando. Quería contar algo, pero las palabras se le escapaban, se le enredaban en los labios. Me miró con los ojos grandes, húmedos, y me dijo solo una frase:

—No me traduzcas. Solo quédate.

Entendí entonces que a veces la mediación no necesita de un idioma compartido, sino de una presencia que no juzga. Esa tarde me senté a su lado y compartimos un cuaderno. Ella dibujó su ciudad, su casa rota. Yo traduje sus imágenes en preguntas para el círculo del día siguiente. No dije que eran suyas. Solo lancé las palabras al centro y observé cómo otros respondían desde su propia experiencia.

La isla funcionaba así. Cada día se abría con un desayuno colectivo —pan plano, dátiles, queso blanco, café espeso— y una asamblea. Se hablaba en muchas lenguas, a veces con intérpretes improvisados, a veces mezclando frases a trozos. El idioma común era el deseo de entender. Nadie ridiculizaba a nadie por no pronunciar bien. Nadie corregía desde arriba. Aprendíamos al andar.

Poco a poco, fui encontrando mi lugar. Ayudaba a traducir textos para el archivo colectivo que estábamos creando: una especie de memoria viva del Mediterráneo, contada desde abajo.

Relatos, canciones, cartas no enviadas. Y también facilitaba diálogos entre quienes no se atrevían a hablar directamente por miedo, vergüenza o dolor.

En una isla sin instituciones, sin reglas escritas, mi papel era el de dar forma a los puentes invisibles: evitar malentendidos antes de que crecieran, traducir intenciones además de palabras, recordar que detrás de cada idioma hay una historia.

Descubrí que ser mediadora no era solo mi futuro profesional. Era, de algún modo, mi forma de estar en el mundo. No como alguien neutral —porque nadie lo es—, sino como alguien que acepta el conflicto como parte del encuentro, y el error como parte de la traducción.

3. El sueño

Durante semanas, creímos que habíamos logrado algo imposible.

Compartíamos la comida en mesas circulares, hechas con maderas de distintos colores que representaban nuestras lenguas. Cocinábamos a turnos: couscous, moussaka, tortilla de patatas, shakshuka, dolmas, harira. Alguien siempre traía música: un laúd, un darbuka, un altavoz con canciones de la infancia. Cantábamos en las cinco lenguas que más sonaban en la isla, y nadie se molestaba si no entendía del todo.

Layla, una chica siria, pintaba murales con cada nueva historia que llegaba. Decía que las paredes necesitaban memoria. Yannis, griego, propuso formas de ahorrar agua y adaptarnos al ritmo del sol. Fatima, marroquí, enseñó a hacer jabón con aceite usado. Sami, palestino, organizó una pequeña biblioteca: cada libro tenía una historia de cómo había llegado allí.

Algunos días simplemente nos sentábamos al borde del mar a respirar. Otros días discutíamos durante horas sobre cómo repartir mejor la pesca o cómo anotar decisiones comunes. Había errores, por supuesto. Y también cansancio. Pero nadie lo usaba contra los demás. Éramos aprendices de comunidad.

No era una utopía. Pero se parecía.

Era un ensayo. Un boceto de lo que podría ser un mundo menos roto. Y por un tiempo, bastaba con eso.

4. Las grietas

Pero un día llegó una discusión.

Pequeña. Casi absurda.

Adam —un chico tunecino criado en Italia— propuso usar solo el francés en las asambleas. “Por eficiencia”, dijo. Algunos asentían. Otros fruncieron el ceño. “¿Y por qué no el árabe?”, murmuró Layla. “¿Y el inglés?”, dijo Yannis. “¿Por qué no cada uno en su idioma y traducimos juntos?”, añadí yo, intentando calmar las aguas.

Pero ya era tarde. Se habían abierto bandos invisibles. Murmullos en las cocinas, silencios en los encuentros. Nadie lo decía en voz alta, pero algo se había roto: la confianza en que todos queríamos lo mismo.

Porque la lengua no era el problema. Era lo que cada lengua traía: jerarquías, memorias coloniales, exclusiones pasadas. El francés como imposición. El árabe como herida. El inglés como salvavidas global. Las lenguas no eran neutras. Y nosotros, tampoco.

Yo me sentí impotente. Por más que tradujera las palabras, no podía traducir los miedos, los resentimientos, las historias enterradas. La traducción no era suficiente. A veces era incluso una trampa.

Una noche, alguien pintó un muro en blanco. Nada más. Solo blanco. Fue Layla. Cuando le preguntamos, dijo:

—A veces el silencio también es un idioma.
Y se marchó caminando hacia el mar, sin mirar atrás.

5. La noche de las lenguas

No sabíamos cómo continuar. Los debates se habían vuelto tensos. Las comidas, más silenciosas. Algo esencial se nos escapaba entre las manos. Así que propuse algo:

—¿Y si hacemos una noche de lenguas? —dije una mañana—. Una velada en la que cada persona hable en su lengua materna. Sin filtros. Sin traducción. Solo habla. Y los demás... escuchan.

Al principio, nadie entendía la idea. “¿Y si no entendemos nada?” “¿Qué sentido tiene?” “¿Escuchar para qué?”

Pero luego, uno a uno, fueron aceptando. Tal vez porque ya no sabíamos qué más intentar.

Esa noche encendimos velas por todo el círculo central. Nadie tenía que traducir. Solo contar.

Una por una, las voces llenaron el aire. Escuchamos poemas en tamazight, cuentos en árabe darija, nanas en hebreo, historias familiares en italiano del sur, letanías en griego, suspiros en francés, refranes en español de barrio. Nadie entendía todo. Pero todos sentíamos algo. Era como si, en ese desconcierto compartido, encontráramos una forma más profunda de comprendernos.

Yo hablé en árabe. Por primera vez en mucho tiempo, sin miedo.

-أنا ابنة صفتين، ولغة بين لغتين

(Soy hija de dos orillas, y una lengua entre dos lenguas.)

Alguien lloró. Alguien aplaudió.

Alguien simplemente cerró los ojos.

Y entendí que, por fin, habíamos empezado a escucharnos.

6. ¿Y ahora?

La isla sigue ahí. Aunque no esté en los mapas. Aunque haya días en los que parezca deshacerse. Sigue el mar. Sigue la juventud. Sigue la necesidad de imaginar otro Mediterráneo.

A veces vuelven las tensiones. Las diferencias. Pero ya no las tememos tanto. Porque aprendimos que el conflicto no es el final, sino una pregunta. Y que el idioma, cuando se escucha con el corazón, no necesita ser comprendido para ser sentido.

Layla pintó de nuevo aquel muro en blanco. Esta vez lo cubrió con manos: huellas de pintura de todos los que habíamos hablado en la noche de las lenguas. Sobre ellas escribió, en árabe:

"كل لغة طريق. وكل طريق يحتاج إلى جسر"

(Cada lengua es un camino. Y cada camino necesita un puente.)

Yo volveré. Aunque viva lejos.

Cada vez que traduzco una historia en el hospital, cada vez que alguien me dice "no sé cómo decirlo", recuerdo que mi trabajo no es solo traducir. Es tejer. Unir. Escuchar lo que no se dice.

Y, sobre todo, imaginar lo que aún no existe.

La isla no está en los mapas. Pero habita en cada intento de comprender. Y en cada historia que se atreve a cruzar el mar.